

# Ramiro Saraiva Guerreiro y la posición de Brasil frente a la Segunda Guerra Fría: Análisis de Discurso sobre la base de seis conferencias realizadas en la *Escola Superior de Guerra* (1979-1984)

Por Carlos Federico Domínguez Avila\*

## 1. Introducción

El propósito de éste artículo es evaluar las características fundamentales de la política externa brasileña durante el gobierno del General Joao Figueiredo (1979-1985), llevando en consideración que dicho período fue marcado por la así llamada Segunda Guerra Fría. Para tanto se utilizan como unidades de análisis una serie de conferencias anuales dictadas, entre 1979 y 1984, por el Canciller del país en la época, Embajador Ramiro Saraiva Guerreiro, en la sede de la *Escola Superior de Guerra* (ESG).

Este trabajo parte de la constatación de la reducida cantidad de literatura especializada en relaciones internacionales y política externa brasileña durante el Gobierno Figueiredo. Además, se detectó que, de las publicaciones disponibles, la mayoría focaliza la atención en las temáticas relacionadas con el impacto de las relaciones internacionales en el proceso de subdesarrollo económico y social, sobretudo en las causas y consecuencias de la crisis financiera que azotó al Brasil y otros países de América Latina y el Caribe a partir de 1982. Lamentablemente la literatura especializada ofrece menos información sobre las visiones, posiciones y respuestas de Brasilia frente a las graves tensiones mundiales que caracterizaron a la "nueva" o "segunda" guerra fría del decenio de 1980. En ese sentido, este análisis puede ser considerado como un ejercicio exploratorio sobre la temática.

La estructura interna del trabajo incluye la introducción, cuatro acápites, consideraciones finales, y fuentes y bibliografía. En el plano metodológico se recurre al análisis de discurso como técnica de estudio de documentos primarios. En relación a los textos de las conferencias, vale aceptar su veracidad, validez y confiabilidad a

---

\* Doctor en historia de las relaciones internacionales por la Universidad de Brasilia. Profesor en UniCEUB, IESB y UniEURO.

pesar de que su propósito inicial no era el de servir como fuente de investigación histórica, social o política. Dichos textos también se caracterizan por su adecuada consistencia interna, su regular frecuencia, el elevado nivel de reflexión –debido al alto grado de instrucción del discursante y de su auditorio–, la espontaneidad y la posibilidad de establecer comparaciones temáticas en el tiempo. Parece evidente que las conferencias sí reflejan las líneas generales de política externa brasileña, en ese sentido, podemos tomarle la palabra al Canciller cuando advirtió que “tomadas en conjunto, [las conferencias] reflejan la evolución conceptual coherente de nuestra diplomacia y presentan la síntesis de las actividades de política externa en el Gobierno Figueiredo” (Saraiva Guerreiro, 1984: 75).

## **2. Brasil durante la década de 1970: antecedentes económicos, políticos e internacionales**

El 15 de marzo de 1979, el General João Baptista Figueiredo asumió la presidencia del Brasil, convirtiéndose en el quinto y último de los gobernantes militares que dirigieron el país entre 1964 y 1985. Las tareas fundamentales del nuevo gobierno pueden resumirse en: a) dar continuidad al proceso de *abertura* socio-política interna, b) tratar de recuperar las altas tasas de crecimiento económico obtenidas en la primera mitad de la década, y c) profundizar el proceso de diversificación de socios comerciales internacionales y mantener el margen de autonomía política que el Brasil había logrado gozar como consecuencias de las modificaciones en su inserción internacional durante el período de détente o distensión de las relaciones globales que caracterizó al decenio de 1970. En suma se trataba de dar continuidad a las grandes líneas de desarrollo socioeconómico inicialmente proyectadas por el gobierno del General Ernesto Geisel (1974-1979).<sup>1</sup>

En el plano económico, es conveniente tener presente que durante la década de 1970 el Brasil atravesó por dos períodos relativamente claros: el primero, de 1970 a 1974, se caracterizó por muy elevadas tasas de crecimiento –particularmente en el sector industrial–, creciente apertura hacia el comercio exterior y moderadas tasas de inflación. En el segundo momento, entre 1975 y 1979, resaltaron las preocupantes dificultades en la balanza de pagos, crecimiento de las tasas de inflación y disminución progresiva en las tasas de crecimiento del producto interno bruto.

---

<sup>1</sup> Detalles en Skidmore (1988).

La expresiva elevación de los precios del petróleo a fines de 1974 provocó graves consecuencias en la economía brasileña, puesto que el país importaba alrededor del 80% del petróleo que consumía. No cabe duda de que el primer choque petrolero fue nocivo para la economía brasileña. Entre las principales consecuencias destacó: 1) el creciente déficit en la balanza de pagos (alrededor de EUA\$ 6.8 billones en 1974); 2) la opción por el endeudamiento externo para evitar la necesidad de implementar un temprano ajuste recesivo;<sup>2</sup> 3) el desempeño menos favorable del crecimiento en el producto interno bruto y otras variables como el empleo, salarios reales, déficit público, etc., y 4) en el sector del comercio externo –hasta el momento uno de los pilares del así llamado “milagro económico” – también comenzó a sentir las consecuencias negativas de las tendencias proteccionistas en varios países industrializados de Occidente (Skidmore, 1988)

Si bien la situación económica no era tan alentadora como en el pasado reciente, parece incorrecto desconocer que la inserción comercial brasileña sufrió importantes y positivas mutaciones. Cabe destacar el éxito del Gobierno Geisel en la diversificación tanto de las fuentes de recursos financieros y tecnológicos como en el destino de las exportaciones –nuevos mercados en Oriente Medio, África y América Latina. Por otro lado, la pauta exportadora del país también experimentó significativas transformaciones con destaque para la creciente importancia de los productos manufacturados (bienes durables, electrodomésticos, bienes de capital, etc.) como porcentaje del valor total de las exportaciones.<sup>3</sup>

En síntesis, la diversificación de fuentes externas de importaciones y los destinos de las exportaciones permitió gozar de mayor autonomía relativa en la inserción internacional del Brasil –ello a pesar de la preocupante evolución de algunos indicadores económicos, particularmente el déficit en la balanza de pagos y el masivo endeudamiento externo. Naturalmente, tales transformaciones económicas también impactaron en el ámbito político interno y los asuntos internacionales del país.

En el plano político, cabe destacar el impulso del Gobierno Geisel al proceso de *abertura* sociopolítica orientada hacia el progresivo retorno al orden constitucional, el Estado de derecho y la gobernabilidad democrática. El proceso de *abertura* era complejo debido a la necesidad de articular, por un lado, la naturaleza autoritario-

---

<sup>2</sup> La deuda externa brasileña creció de EUA\$12.5 billones en 1973 a 49.9 billones en 1979.

<sup>3</sup> Las exportaciones de productos manufacturados como valor proporcional de la pauta exportadora brasileña creció desde 8.2% en 1965 hasta el 51.5% en 1978. En contrapartida, los productos primarios (café, azúcar, minerales, etc.) perdieron importancia relativa en el monto global de las exportaciones (Lessa, 1998: 10-12).

burocrática del régimen, y por otro lado, las aspiraciones y presiones de los diferentes actores de la sociedad civil en favor de una auténtica transición hacia la democracia representativa.<sup>4</sup> A partir de 1974, la *abertura* experimentó avances y retrocesos. Su carácter oscilatorio reflejó las presiones de los diferentes actores del sistema político, no obstante, la tendencia dominante era favorable al retorno a la gobernabilidad democrática en el más breve plazo posible (Skidmore, 1988).

En lo que respecta a los asuntos internacionales, la década de 1970 se caracterizó por la *détente*, *distensión*, *concertación* y *tolerancia* entre las Superpotencias y los sistemas sociales que representaban. Se trató de un período en el que se alcanzaron acuerdos de limitación de armamentos (SALT), se impuso una retórica de paz y mutua comprensión, cooperación y avances en el diálogo Norte-Sur, etc. Al mismo tiempo, la *distensión* entre las potencias hegemónicas permitió el surgimiento de un importante proceso de *diversificación de intereses* que podría ser aprovechado por países del bloque occidental, socialista e incluso del Tercer Mundo – quienes hasta el momento habían estado sujetos a la estricta vigilancia de Washington o Moscú– para modificar su inserción internacional, redefinir sus políticas externas en función de intereses nacionales y sustituir el carácter esencialmente bipolar, por otro multipolar, del sistema internacional (Saraiva, 1997; Boersner, 1996).

Brasil fue uno de los países en desarrollo que aprovechó la oportunidad ofrecida por las políticas y el ambiente de *distensión* internacional con el propósito de incrementar el margen de autonomía política para tratar de modificar su inserción en el mundo. En ese sentido, la política externa brasileña durante el gobierno de Ernesto Geisel se caracterizó por una acción pragmática, pluralista, universalista, independiente y coherente con las necesidades, condiciones y posibilidades de desarrollo económico y social del país (Cervo y Bueno, 1992).

Para las autoridades gubernamentales de la administración Geisel era necesario e inevitable: (a) redefinir las relaciones con la potencia hegemónica del Occidente (Estados Unidos); (b) ampliar y profundizar los vínculos comerciales y políticos con las diferentes regiones del mundo (particularmente con los países latino-americanos, africanos y europeos); (c) obtener creciente legitimidad interna mediante la implementación de una política externa nacionalista que agradase a los diferentes actores políticos; (d) garantizar el acceso a recursos y tecnologías necesarias para dar

---

<sup>4</sup> Los estrategias del proceso de *abertura*, encabezados por el General Golbery de Couto e Silva, también debieron considerar la oposición de los sectores más conservadores al interior de las fuerzas armadas –particularmente de la comunidad de inteligencia y seguridad.

sustentabilidad al proceso de desarrollo económico; y, (e) en general, hacer del país una potencia de porte medio reconocida internacionalmente por su respaldo y solidaridad a las posiciones de los países en desarrollo en los diferentes foros multilaterales (ONU, OEA, GATT, etc.).

Naturalmente, las aspiraciones brasileñas encontraron reacciones de apoyo, tolerancia e incluso oposición en el sistema internacional. Las relaciones bilaterales con Estados Unidos fueron muy complejas e incluso conflictivas por una serie de desacuerdos sobre temáticas que incluían tanto la transferencia de tecnología nuclear y la situación de los derechos humanos en Brasil, así como las prácticas comerciales proteccionistas en Estados Unidos. Al mismo tiempo, se buscó un acercamiento progresivo con otras regiones del mundo, particularmente, con Europa Occidental, América Latina y el Caribe, Oriente Medio y África.

En ese contexto, el General Figueiredo asumió la presidencia del Brasil con la expectativa de dar continuidad a las principales políticas implantadas durante el gobierno anterior. En el ámbito económico, se trataba de recuperar las altas tasas de crecimiento económico aunque reduciendo las tasas de inflación, el déficit público y galopante de endeudamiento externo. Otras medidas incluían estimular la producción agrícola e industrial, continuar apoyando las exportaciones, reducir las disparidades regionales, reducir la dependencia del petróleo y promover nuevas inversiones extranjeras directas.

En el plano político, el gobierno planteó la necesidad de continuar con el proceso de *abertura* sociopolítica mediante la promulgación de leyes que incluían la implementación de una amplia amnistía para los desafectos del régimen exiliados en el extranjero, moderación de la represión y censura de los medios de comunicación de masas, ampliación del sistema político con el reconocimiento de nuevas organizaciones políticas, agilización del proceso de transición a la gobernabilidad democrática, etc.

Paralelamente, en lo que respecta a los asuntos internacionales, Figueiredo y su Ministro de Relaciones Exteriores, el Embajador Ramiro Saraiva Guerreiro, al parecer tenían la expectativa de continuar diversificando los intereses y las relaciones políticas y económicas del país. Además, aparentemente pretendían seguir gozando de las favorables oportunidades de la distensión entre las Superpotencias, e incrementando el margen de autonomía política –particularmente en relación a la potencia hegemónica de Occidente. Sin embargo, la decisión de los miembros de la OTAN de instalar nuevos y mortíferos misiles de alcance intermedio en varios países europeo-occidentales, y la

posterior intervención militar de los soviéticos en Afganistán (ambos acontecimientos ocurridos en diciembre de 1979), provocaron no solo el fin del período de détente o distensión entre las Superpotencias, sino también la acelerada reducción del margen de autonomía de las potencias medianas y pequeñas, la “re-bipolarización” de las relaciones globales, y el surgimiento de un nuevo período en las relaciones internacionales contemporáneas al que muchos autores llaman como la “nueva” o “segunda” guerra fría.

### **3. La Segunda Guerra Fría: origen y evolución**

El 9 de enero de 1980, el Embajador Dmitri Jukov, representante de la Unión Soviética en Brasilia, se reunió con uno de los funcionarios de más alto rango en el Itamaraty. El Embajador Jukov solicitó la audiencia para expresar su disgusto sobre la programada reunión del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General de Naciones Unidas, que a pedido de Washington y Beijing, se realizaría para discutir y condenar la intervención militar soviética en Afganistán, ocurrida el 27 de diciembre de 1979.

Durante la audiencia, el Embajador soviético entregó a su par brasileño un pequeño mensaje traducido y enviado desde Moscú, el cual, entre otros aspectos, planteaba que:

En los últimos días los Estados Unidos y algunos países que les apoyan, incluyendo a China, utilizando como pretexto los acontecimientos en Afganistán deliberadamente tomaron el camino de aumento de tensión en la región de Oriente Medio y no solo allá. A éste objetivo en particular sirve la confabulación americano-china en el Consejo de Seguridad de la ONU sobre la situación en Afganistán.

[Al someter en la ONU el asunto de la intervención soviética en Afganistán] se está emprendiendo una tentativa de imponer a este foro internacional una confrontación en el espíritu de la “guerra fría”, explorar la Asamblea General para fines poco honestos, sembrar discordia y hacer entrar en choque a países que mantienen entre si relaciones estables y actúan juntos en relación a los problemas actuales de la lucha contra el imperialismo y el colonialismo inclusive en el movimiento no-alineado.

Las tentativas actuales de implicar a la ONU, su Consejo de Seguridad y su Asamblea General en debates sobre la situación en Afganistán solamente responden a los intereses de los que están intentando reanimar el clima de “guerra fría”, evidentemente buscando de este modo facilitar la realización de sus planes imperialistas y hegemónicos.<sup>5</sup>

Este puede ser uno de los primeros mensajes (semi)oficiales que da cuenta del acelerado enfrentamiento retórico y gran tensión internacional que enfrentó a dos sistemas sociales, capitalista y socialista, encabezados respectivamente por Estados Unidos y la Unión Soviética, desde fines de 1979 (o posiblemente antes) hasta 1989 con el emblemático derrumbe del Muro de Berlín. Éste período de gran tensión Este-Oeste, y con evidentes repercusiones en todo el planeta, caracteriza lo que el historiador inglés Fred Halliday (1986) llama de la “Segunda Guerra Fría”.

Inicialmente, parece apropiado señalar que la noción de guerra fría es muy antigua, Anders Stephanson (1996) plantea que ya era conocida en la Edad Media. En su opinión, habría sido un noble del Reino de Castilla, Don Juan Manuel, quien a principios del siglo XIV, utilizó el vocablo para designar el “estado natural de guerra entre Cristianos y Musulmanes” –quiere decir, un conflicto más o menos permanente entre dos doctrinas ideológicas en competencia. En esa línea, una guerra fría puede entenderse en dos sentidos, por un lado, se trata de un conflicto que no es “caliente” puesto que no existen batallas que terminen en victoria o derrota total frente al adversario –por ello no ofrecen “ni paz ni honor”. Por otro lado, el sentido de una guerra fría sugiere que las relaciones entre dos o más actores no son buenas, al contrario, dichas relaciones son tensas, amenazadoras e inusualmente hostiles. En suma, para los fines del presente ensayo, la noción de “guerra fría” puede entenderse como “un particular período de conflicto globalizado, en el cual el énfasis se basa en la confrontación militar y estratégica y en el cual las negociaciones son mínimas o inexistentes” (Halliday, 1986: 9).

Según el historiador británico, desde el fin de la segunda guerra mundial hasta 1986 (cuando fue publicada la segunda edición de su libro, pero en realidad este subperíodo se prolonga hasta 1989 con el derrumbe del Muro de Berlín y la implosión del bloque soviético) uno de los elementos definidores de las relaciones internacionales habría sido la competencia y la lucha por la hegemonía mundial entre dos sistemas sociales liderados por Washington y Moscú. En su opinión, estos cuarenta años de historia de relaciones internacionales podrían ser divididos en cuatro subperíodos que él llama: a) Primera Guerra Fría (1947-1953), b) Antagonismo Oscilatorio (1953-1969), c) Détente (1969-1979), y d) Segunda Guerra Fría (1979-1989). Si aceptamos tal periodización, es evidente que la delimitación temporal del presente ensayo en marco de las relaciones internacionales en el ámbito mundial se ubica en los últimos momentos de la distensión de los años setenta y la primera mitad de la Segunda

---

<sup>5</sup> Rúbrica ilegible a Sr. Ministro de Estado, Memorandum confidencial (SG/03), Brasília,

Guerra Fría. Tal constatación es sumamente importante, porque en el nuevo escenario de confrontación y competencia ideológica, política, económica y militar la posición de la política externa del gobierno Figueiredo debería modificar la estrategia de inserción internacional que inicialmente había previsto.

Los orígenes de la Segunda Guerra Fría son variados, incluyen: (1) la declinación del poderío económico, político y militar de los Estados Unidos como consecuencia del fracaso en Vietnam y la crisis de legitimidad generada a partir del escándalo de Watergate, (2) el sostenido incremento de la capacidad estratégica y política de los soviéticos, (3) la sorprendente semi-alianza entre Washington y Beijing con clara finalidad antisoviética, (4) la grave crisis financiera mundial provocada por los choques petroleros de 1973 y 1979 y la estagnación económica en los países industrializados, (5) el fortalecimiento del bloque de países no-alineados y 'tercermundistas' (particularmente de los miembros de la OPEP), (6) el debilitamiento de la disciplina intra-bloques creando graves disputas entre países –teóricamente– aliados, (7) el aparente éxito de la llamada "tercera ola revolucionaria" en el Tercer Mundo, y, (8) el ascenso del neoconservadurismo en los Estados Unidos y otros países occidentales. Para los fines del presente trabajo, el sostenido incremento de la capacidad estratégica y política de los soviéticos,<sup>6</sup> la evolución de la Tercera Ola

---

9.1.1980, *Arquivo do Ministério das Relações Exteriores (AHMRE)*: Cx J-06 1980 (11).

<sup>6</sup> En relación a los soviéticos, debe tenerse presente que cuando Leonid Brézhnev y su equipo accedieron a las máximas instancias de poder en la Unión Soviética (1964), uno de los propósitos principales del gobierno fue la transformación de su país de potencia regional euroasiática en una verdadera Superpotencia mundial. Para lograrlo era necesario alcanzar la paridad nuclear con Estados Unidos y modernizar las fuerzas convencionales particularmente la marina (de guerra y mercante). Ello a su vez, permitiría proyectar poder en todo el planeta y ampliar sus relaciones con todas las regiones del Tercer Mundo (Kanet, 1989; Duncan, 1988). Durante la década de 1970 la Unión Soviética alcanzó la paridad nuclear con los Estados Unidos, paradójicamente, ello permitió el éxito de las negociaciones de acuerdos sobre limitación de armamentos estratégicos (SALT I) y cooperación en otros sectores. Sin embargo, la *détente* con los países de Occidente no impidió el lanzamiento de una expresiva ofensiva diplomática, ideológica e incluso militar de Moscú –y algunos de sus aliados, especialmente Cuba y Vietnam– en el Tercer Mundo. En ese sentido, las mutaciones en el pensamiento soviético sobre las posibilidades reales de la lucha armada en el Tercer Mundo, la transferencia de armas hacia movimientos de liberación nacional, y las intervenciones soviético-cubanas en Angola (1975) y Etiopía (1977) son cruciales para comprender el nuevo rol global que los soviéticos estaban adquiriendo. Según la semántica soviética, sus nuevos aliados en el Tercer Mundo era una prueba de la nueva "correlación de fuerzas" en favor del socialismo. Además, por primera vez, Moscú habría valorado el creciente "potencial revolucionario" del Tercer Mundo. Por tanto, era necesario continuar ofreciendo respaldo económico, político, logístico e ideológico a: 1) regímenes progresistas o popular-democráticos, y 2) movimientos de liberación nacional en Oriente Medio, Sudeste de Asia, África Austral y, junto a la élite revolucionaria cubana, en América Latina y el Caribe. En suma, el activismo soviético en el Tercer Mundo durante la década de 1970 puede comprenderse en función de la articulación de una serie de variables y ambientes favorables a las aspiraciones de Moscú y sus aliados en el Tercer Mundo (Kanet, 1989). Entre ellas podemos citar las siguientes: (a) la obtención de la paridad nuclear frente a Estados Unidos; (b) el crecimiento de las condiciones y capacidades convencionales de

Revolucionaria en el Tercer Mundo,<sup>7</sup> y el ascenso del pensamiento neoconservador en Estados Unidos<sup>8</sup> fueron particularmente importantes.<sup>9</sup>

---

proyección de poder hacia el Tercer Mundo, particularmente en lo que respecta a la flota mercante, la armada y la aviación de gran autonomía; (c) el surgimiento de “oportunidades” no previstas ni causadas por los soviéticos (por ejemplo, el derrumbe del imperio colonial portugués en África o el derrocamiento del Emperador de Etiopía), pero que ofrecían excelentes perspectivas para modificar la “correlación de fuerzas” en favor del socialismo; (d) las afinidades los movimientos de inspiración marxista y las demandas por reformas económicas, políticas y sociales en el Tercer Mundo; (e) la aparente declinación de la hegemonía de Estados Unidos en el mundo, provocada principalmente por la derrota militar en Vietnam, el escándalo político-moral de Watergate, y la crisis económica originada por el agotamiento del sistema de Bretton Woods y el primer choque petrolero; y, (d) la relativa fortaleza y determinación de la economía soviética para financiar los altos costos que implicaba subsidiar “otras Cubas” -y nuevos “Vietnams”- en Asia, África y América Latina y el Caribe a cambio del alineamiento de tales gobiernos y movimientos revolucionarios a los designios imperiales de Moscú.

<sup>7</sup> La tercera ola revolucionaria en el Tercer Mundo se inició en 1974 con el derrocamiento del Emperador etíope Haile Selassie. La nueva ola revolucionaria (1974-1980) incluyó el triunfo de élites revolucionarias de diferentes inspiraciones ideológicas en un grupo de 14 países: siete africanos (Etiopía, Guinea-Bissau, Mozambique, Cabo Verde, São Tome, Angola y Zimbabwe), cinco asiáticos (Camboya, Vietnam, Laos, Afganistán e Irán) y dos de América Latina y el Caribe (Granada y Nicaragua). Obviamente, dicho conjunto de países es muy diverso. No todos se “orientaron al socialismo”. Pero si asumieron una política crítica respecto a la hegemonía de Occidente, y particularmente de Estados Unidos, en el Tercer Mundo. Estratégicamente, los casos más importantes fueron los de Irán, Angola y Nicaragua (Halliday, 1986: Capítulo 4; Hobsbawm, 1998: Capítulo XV). En términos generales, Moscú recibió favorablemente los nuevos aliados que resultaron de la nueva ola revolucionaria en el Tercer Mundo. En cambio, la reacción de Washington ante los avances del socialismo –o la “sovietización”– en el mundo en desarrollo no se hicieron esperar. Tanto para el gobierno de Jimmy Carter (1977-1981) como para la emergente e influyente comunidad de políticos e ideólogos inspirados en el neoconservadurismo, las revoluciones en el Tercer Mundo eran inspiradas ideológicamente y apoyadas, financiadas y armadas directamente por Moscú, lo que no necesariamente era verdadero. No obstante, los políticos e intelectuales conservadores plantearon que los soviéticos habían violado el acuerdo tácito de la *détente*<sup>7</sup>, y por lo tanto había que prepararse para hacer frente a esta nueva fase de “expansionismo” soviético desde la perspectiva Este-Oeste. La intervención soviética en Afganistán fue, desde la perspectiva Occidental, el golpe de gracia a la *Détente* y el detonante de la Segunda Guerra Fría.

<sup>8</sup> En lo que respecta al ascenso del pensamiento neoconservador en Estados Unidos, analistas como Alan Wolfe (1981), John Ehrman (1995) y Mike Davis (1981) concuerdan en que el origen y evolución de esa propuesta sociopolítica presenta como núcleo duro la existencia de un “centro vital” post-1945 caracterizado por los idealizados valores de la sociedad estadounidense, entre otros: capitalismo liberal de mercado, pluralismo político, puritanismo social, y, en lo que respecta a los asuntos internacionales, un consenso bipartidista de estricto y riguroso anticomunismo (*cold war liberalism*). Para aquellos autores los gobiernos de Harry Truman y Dwight Eisenhower habrían sido los ejemplos más acabados de las virtudes del “centro vital”. Sin embargo, a partir de los años sesenta, dicho consenso entre los principales actores políticos de EUA habría comenzado a resquebrajarse por varias razones, entre ellas: la creciente intervención del Estado en la economía, el rechazo de amplios sectores sociales a la participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam, el surgimiento de nuevos movimientos sociales con demandas específicas y polémicas (por ejemplo, feministas, *black power*, homosexuales, etc.), la estagnación económica (alta inflación, desempleo, baja productividad), etc. Las respuestas, desde posiciones políticas de derecha, a esa declinación del poderío norteamericano en los años setenta incluyó el surgimiento de un pequeño grupo de intelectuales encabezados por Jeane Kirkpatrick, Norman Podhoretz, Daniel Patrick Moynihan y Elliott Abrams, en su mayoría pertenecientes al ala derecha del Partido Demócrata, y cuyo principal objetivo era reconstruir el “centro vital” que caracterizó la sociedad de Estados Unidos durante la primera guerra fría; dicho grupo de intelectuales sería la base sustantiva del pensamiento neoconservador, que a su vez, es la base filosófica de las políticas públicas (incluida la política exterior) de los dos períodos

La Segunda Guerra Fría se prolongó entre 1979 y 1989. Naturalmente, el ambiente y las políticas de re-bipolarización, confrontación y competencia entre las superpotencias no fue uniforme. Al contrario, es posible y pertinente identificar dos subperíodos (o fases), uno de bipolaridad rígida (1979-1985) y otro de bipolaridad flexible (1985-1989).

El subperíodo de bipolaridad rígida coincidió, por un lado, con el último año de la administración Carter (1977-1981) y el primer período presidencial de Ronald Reagan (1981-1985); y, por otro lado, con el ocaso de la era del *Premier* Leonid Brézhnev (1964-1982) y los sucesores inmediatos, Yuri Andropov (1982-1984) y Konstantin Chernenko (1984-1985). En términos generales, el subperíodo de bipolaridad rígida fue el de mayor competencia, conflicto y tensión internacional.

---

presidenciales de Ronald Reagan (Ehrman, 1995). La propuesta neoconservadora era perturbadora. En el ámbito económico, financiero y comercial, la propuesta básica de la plataforma del Partido Republicano planteaba el fortalecimiento de los sectores privados; ello en plena armonía con la articulación que el pensamiento neoconservador había establecido con las interpretaciones, predicciones y estrategias impulsadas por una comunidad de economistas neoliberales dirigidos por Friedrich von Hayek y Milton Friedman. Los neoliberales, cuestionaban la creciente intervención del Estado en la economía y respaldaban la adopción de políticas económicas "amigables a los mecanismos de libre mercado". En términos generales, Hayek, Friedman y sucesores, planteaban la necesidad de regresar a un modelo de economía liberal de mercado, caracterizada por la competencia, el individualismo, la liberación de precios en función de la oferta y demanda, la reducción de los impuestos, etc. La interpolación de la doctrina neoliberal en la política económica del Presidente Reagan dio origen a los popularmente llamados "Reaganomics", estrategia de política económica que podemos resumir en: a) una política monetaria restrictiva; b) importantes recortes presupuestarios (especialmente en el sector del desarrollo social), c) multiplicación del presupuesto de defensa con el objetivo declarado de "rearmar a Estados Unidos", d) reducciones de impuestos a las empresas e individuos con el propósito de reducir las tasas de inflación, estimular el ahorro y la inversión e inducir un nuevo ciclo de crecimiento económico. En el plano de la política externa la administración Reagan estaba decidida a reconstruir el poderío hegemónico de Occidente y la voluntad de poder de los Estados Unidos. Para lograrlo era necesario "rearmar a los Estados Unidos", iniciar una nueva carrera armamentista contra la Unión Soviética, disciplinar a los aliados Occidentales, restaurar la hegemonía estadounidense en el Tercer Mundo (particularmente en América Latina y el Caribe), además de no conformarse con contener el 'expansionismo' soviético, sino revertirlo o hacerlo retroceder (*roll back policies*). Al final, si bien, la Segunda Guerra Fría fue lanzada por el gobierno del Presidente Carter (embargo de cereales, boicot a las Olimpiadas de Moscú, enfriamiento de las relaciones con gobiernos "tendientes al socialismo", aprobación de crecientes presupuestos de defensa, creación de una fuerza de desplazamiento rápido destinada a intervenir en crisis políticas en el Tercer Mundo), sería el Presidente Reagan quien la encarnaría como el principal ideólogo anticomunista contemporáneo.

<sup>9</sup> Vale aclarar que para los soviéticos la tensión internacional que culminó con el "nuevo" período de guerra fría partió de la decisión de los miembros de la OTAN, a mediados de diciembre de 1979 (algunos días antes de la intervención soviética en Afganistán), de incrementar los presupuestos de defensa y la instalación de nuevos misiles de alcance intermedio (Pershing II y Crusero) en Europa Occidental. En lo que respecta a Afganistán, los soviéticos argumentaron que la intervención del 27 de diciembre de 1979 fue producto de una petición urgente de Kabul con la finalidad de sostener un gobierno aliado amenazado por las conservadoras tribus nómadas de mujahidins apoyadas financieramente por Pakistán. La alarma en Occidente se debió a que, por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, los soviéticos hicieron uso de sus fuerzas de combate más allá de las fronteras del Pacto de Varsovia.

Nótese que, en términos temporales, la administración Figueredo –y Saraiva Guerreiro, el Itamaraty– coincidió, justamente, con la fase de bipolaridad rígida de la Segunda Guerra Fría.

Mientras, el subperíodo de bipolaridad flexible coincidió con un paulatino relajamiento de tensiones entre las superpotencias, favorecido por la implantación de la *perestroika* y el “nuevo pensamiento” en la política exterior soviética dirigida por el Secretario General del PCUS Mikhail S. Gorbachëv (1985-1991), así como el creciente pragmatismo del segundo gobierno del Presidente Ronald Reagan (1985-1989) y su sucesor, George Bush (1989-1993).

Afirmar que una de las principales características de la Segunda Guerra Fría fue su dimensión global implica, entre otras cosas, reconocer que la lógica y las políticas inspiradas en la tensión y competencia Este-Oeste provocaron un impacto más o menos significativo en las relaciones internacionales en la mayor parte del planeta. En el ámbito político, la tensión internacional del decenio 1979-1989 se puede estudiar en dos niveles articulados. Por un lado, en las relaciones entre las propias superpotencias y sus respectivas alianzas estratégicas (especialmente, la OTAN y el Pacto de Varsovia). Por otro lado, en los conflictos regionales en el Tercer Mundo.

En lo que respecta a las relaciones entre las superpotencias, conviene señalar que durante la fase de bipolaridad rígida destacó: (a) la vigorosa competencia hegemónica en distintos foros internacionales; (b) la guerra propagandística; (c) la revitalización de la carrera de armamentos, incluyendo el polémico proyecto estadounidense de defensa estratégica conocido como *Star Wars*; (d) el mutuo boicot a eventos científicos, culturales y deportivos; (e) la parálisis en las negociaciones multilaterales y bilaterales, sobretudo, aquellas sobre control y verificación de armas nucleares; y, (f) muy particularmente, la instalación de mortíferos misiles de alcance intermedio en el teatro europeo y en el nordeste de Asia. Todo ello sugiere que las relaciones entre Washington y Moscú realmente eran conflictivas e incluso antagónicas. Durante la fase de bipolaridad flexible, las tensiones entre las superpotencias comenzaron a relajarse, permitiendo la paulatina reactivación de negociaciones sobre asuntos estratégicos –como el control de armas nucleares, por ejemplo– y algunos avances en el ámbito económico y comercial.

En el Tercer Mundo, muchos conflictos socio-políticos internos e internacionales preexistentes adquirieron la lógica Este-Oeste cuando las superpotencias consideraron que intervenir era conveniente para potenciar sus respectivos intereses estratégicos y/o cuando actores endógenos apelaron a la ayuda de alguno de los bloques en

competencia. De ese modo, el sesgo ideológico socialismo-capitalismo transformó a numerosos conflictos internos (e incluso tribales) en sangrientos escenarios de la Segunda Guerra Fría.<sup>10</sup>

En suma, parece pertinente insistir que la noción Segunda Guerra Fría alude a la compleja articulación de ambientes, interpretaciones teóricas y políticas de Estado que provocaron –o fueron consecuencia de– la notoria intensificación de tensiones, competencia y conflicto globalizado en las relaciones internacionales entre diciembre de 1979 y noviembre de 1989. Naturalmente, el proceso de re-bipolarización no fue uniforme ni unidireccional, es posible identificar al menos dos subperíodos, uno de bipolaridad rígida (1979-1985) y otro de bipolaridad flexible (1985-1989). Siendo que el problema objeto de este ensayo corresponde claramente al primer período citado – quiere decir, a la fase de bipolaridad rígida de la Segunda Guerra Fría (1979-1985).

#### **4. Brasil ante la tentativa de “re-bipolarización” durante la primera mitad del decenio de 1980**

Durante los años en que fue Ministro de Relaciones Exteriores, el Embajador Ramiro Saraiva Guerreiro realizó seis conferencias sobre política externa brasileña en la *Escola Superior de Guerra* (ESG). Esas conferencias permiten apreciar y ofrecen datos que pueden servir como base para interpretar la evolución de las relaciones internacionales del Brasil durante la primera mitad de la década de 1980, particularmente en lo concerniente a la posición del Brasil frente a la Segunda Guerra Fría.

La primera conferencia del Canciller Saraiva Guerreiro en la ESG se llevó a cabo el día 13 de julio de 1979. En esa oportunidad, el Ministro afirmó que el sistema internacional estaba sufriendo importantes y rápidas transformaciones tanto en el ámbito político (distensión) como económico (tensiones en el sistema financiero internacional, segundo choque petrolero).

---

<sup>10</sup> En el contexto global de la Segunda Guerra Fría resaltaron los conflictos regionales en: (a) América Central (Nicaragua, El Salvador, Guatemala, y con repercusiones más o menos significativas en Granada, Cuba, Surinam, Colombia, etc.), (b) África Meridional (Angola, Mozambique, Namibia, África del Sur, Zaire, etc.), (c) noroeste de África (Sahara Occidental, Marruecos, Argelia, etc.), (d) el cuerno de África (Etiopía, Somalia, etc.), (e) Indochina (Camboya, Vietnam, China Tailandia, etc., también conocido como la Tercera Guerra de Indochina), (f) Asia Central (Afganistán, URSS, Irán, Pakistán, China, etc.); y, hasta cierto punto, (g) nordeste de Asia (península coreana), y, (h) Oriente Medio (conflicto palestino-israelita, Líbano, Libia, guerra Irán-Iraq, etc.).

En relación al ámbito político, o más exactamente, a la situación de las relaciones internacionales en la perspectiva Este-Oeste –que es lo que nos interesa destacar en el presente trabajo–, el Canciller analizó detenidamente el proceso de détente o distensión. En su opinión, la détente era “un código de conducta y moderación para el comportamiento internacional de las Superpotencias” (Saraiva Guerreiro, 1979: 24).

Según nuestro interlocutor, el proceso de distensión presentaba como rasgo positivo el relajamiento de las tensiones entre las Superpotencias, la negociación sobre armas nucleares, cooperación y tolerancia mutua, etc. Sin embargo, para el Ministro “la détente es un proceso que infelizmente nunca se completa” habida cuenta de su carácter verticalizante y elitista. Además, la distensión entre Superpotencias tácitamente supondría entendimientos entre Washington y Moscú que serían insatisfactorios para países como el Brasil. Entre dichos acuerdos tácitos entre las Superpotencias sobresaldría la tendencia hacia el “congelamiento de esferas de influencias hegemónicas”, el fortalecimiento de la actuación de “actores transnacionales”, y a la posibilidad del “empleo internacional de la fuerza”.

En general, la impresión que Saraiva Guerreiro provoca, es que la détente, a pesar de sus limitaciones, era un proceso positivo y beneficioso para la inserción internacional del Brasil. En ese contexto, las premisas doctrinales de la política externa brasileña serían la lucha por la paz, sobre la base del derecho internacional y por el desarrollo económico y social. En el caso específico del Gobierno Figueiredo, las líneas básicas de la política externa serían el “universalismo”, la “dignidad nacional” y la “buena convivencia” entre Estados.

En suma, lo más importante que podemos rescatar de la primera conferencia es, desde la perspectiva del conflicto Este-Oeste, que las relaciones internacionales –o más exactamente, las relaciones entre las Superpotencias– se caracterizaban por un período de distensión, de negociación y de acuerdos. A pesar de algunas limitaciones, parece obvio que la détente era favorable para la inserción internacional del Brasil.

La constatación de la declinación de la distensión a fines de la década de 1970 y el surgimiento de la Segunda Guerra Fría fue un proceso un tanto ambiguo para la élite diplomática brasileña. De hecho en la conferencia del 5 de septiembre de 1980, Saraiva Guerreiro reconoció que se estaban llevando a cabo significativas mutaciones en el sistema internacional, particularmente en lo que tiene que ver con el incremento de las tensiones regionales en Europa, Oriente Medio, Sudeste de Asia y América Central, así como con las crecientes dificultades para negociar, evitar el uso de la

fuerza o las acciones unilaterales de las Superpotencias. Aún en medio de las crecientes tensiones, Saraiva Guerreiro (1980: 42) sugirió a los participantes de la conferencia que el proceso de détente aun estaría activo pero sería cada vez menos efectivo.

Otra de las principales preocupaciones del Ministro era la creciente dificultad de los países del Tercer Mundo para debatir los problemas mundiales desde la lógica del diálogo Norte-Sur, como había sido lo usual desde mediados de la década anterior. La parálisis del diálogo y la cooperación entre países industrializados y en desarrollo era muy grave puesto que “la estructura internacional cristaliza estratificaciones indeseadas y se perpetúa en términos de poder” (Ibídem: 44). De hecho la tendencia de los países industrializados a reunirse en pequeños grupos –como el G-7– y la decreciente atención a los problemas del Sur congelarían las desigualdades internacionales, restringirían la participación de los países en desarrollo en el proceso de toma de decisiones sobre asuntos de interés global, y, peor aún, estarían estimulando el resurgimiento de espurias y nocivas “vocaciones hegemónicas” (Ibídem: 43).

Para los fines del presente ensayo, la constatación del resurgimiento de dichas “vocaciones hegemónicas” en las Superpotencias es sumamente importante, habida cuenta que se trata de síntomas característicos de la nueva coyuntura internacional a comienzos de los años 1980. Para Saraiva Guerreiro dichas “vocaciones hegemónicas” se reflejarían en la tendencia de las potencias a tomar decisiones unilaterales que afectarían negativamente las normas del derecho internacional y la correcta convivencia entre Estados soberanos. En otras palabras, la diplomacia y el derecho internacional –especialmente en relación al principio de no intervención en asuntos internos de otros Estados– estarían siendo indebidamente sustituidos por la fuerza o la ideología. A pesar de no citar ejemplos concretos el Ministro dejó claro que el resurgimiento de tales aspiraciones imperialistas entre las grandes potencias serían síntomas característicos del nuevo proceso de enfrentamiento en el eje Este-Oeste, sin olvidar que los Estados más perjudicados serían precisamente los Estados más débiles e indefensos.

En suma, en su conferencia de septiembre de 1980, el Ministro Saraiva Guerreiro reconoció la emergencia de una coyuntura internacional caracterizada por la creciente tensión en el eje Este-Oeste, la declinación del diálogo Norte-Sur, la parálisis de la diplomacia multilateral, las preocupantes tensiones regionales, etc.

Un año después, la coyuntura internacional se había modificado sustancialmente. En enero de 1981, el Presidente Reagan inició su mandato con el propósito de reconstruir la hegemonía y el liderazgo económico, político y estratégico de Estados Unidos en el mundo. A partir de 1981 era claro que las Superpotencias se habían lanzado una nueva competencia por el poder hegemónico mundial a través de una costosa carrera armamentista y la transferencia de disputas políticas e ideológicas a los respectivos clientes en el Tercer Mundo. De esa manera, la agudización del conflicto Este-Oeste tendió a eclipsar las temáticas propias del diálogo Norte-Sur. En ese contexto, se realizó, el 4 de septiembre de 1981, la tercera conferencia del Ministro Saraiva Guerreiro en la ESG. Dicho discurso fue particularmente importante ya que ahí fue introducida la noción de “re-bipolarización” de las relaciones internacionales.

La noción de “re-bipolarización” sugiere la renovación de las alianzas políticas y los bloques ideológicos antagónicos, así como el reforzamiento de las dependencias verticales a partir de Washington y Moscú hasta los más humildes campesinos y pastores en Camboya, Angola, Nicaragua o Afganistán. La “re-bipolarización” supone el retorno a la dicotomía amigo-enemigo o más exactamente a la imagen del “tablero de ajedrez” donde existen solamente dos posiciones antagónicas que son conducidas por y en beneficio de las Superpotencias; en ese sentido, los amigos deben transformarse en aliados dóciles, “satélites” o peones de la competencia global (Saraiva Guerreiro, 1981).<sup>11</sup>

El Ministro Saraiva Guerreiro cuestionó dicho proceso de “re-bipolarización” debido a:

1) su naturaleza hegemónica –o más exactamente, imperialista– puesto que “[r]esurgen, a veces sutilmente, los conceptos de zonas de influencia y áreas de interés vital, por los cuales los diferentes países son vistos como piezas homogéneas, expuestos a las estrategias divergentes de los contendores, sin que sus intereses propios sean considerados con seriedad” (Ibídem: 97);

2) la espuria “transferencia mas o menos dramática de las tensiones Este-Oeste para ‘teatros de operación’ en los países en desarrollo, como para intentar demostrar que esos países no tienen opciones propias apenas la de vincularse, subalternamente, a un ‘protector’” (Ibídem: 102);

---

<sup>11</sup> Nótese que la noción de “re-bipolarización”, planteada por el Canciller Saraiva Guerreiro en 1981, alude a las graves tensiones entre las Superpotencias y sus aliados. En ese sentido, la noción de “re-bipolarización” es coherente y plenamente congruente con la propuesta central de Fred Halliday (1986) sobre el surgimiento de un ‘nuevo’ o ‘segundo’ periodo de guerra fría en las relaciones internacionales contemporáneas.

3) la "satelización" de los Estados del Tercer Mundo y la explotación irracional de sus recursos naturales por las potencias "sin llevar en cuenta los intereses propios de los países productores, sea en términos políticos, sea en términos de su propia seguridad"; y,

4) el conflicto Este-Oeste no solo no atiende a los problemas centrales del Tercer Mundo –paz, igualdad, justicia, desarrollo–, sino que coloca en grave riesgo la propia sobre vivencia de la especie humana en todo el planeta, puesto que una eventual guerra nuclear total provocaría la extinción de la humanidad como la conocemos en la actualidad.

Según el Canciller Saraiva Guerreiro ambas Superpotencias se equivocarían al creer que "la superioridad militar puede asegurar lealtades" (Ibídem: 103). Brasil, un país que se identifica simultáneamente con los ideales y valores de Occidente y con las aspiraciones de desarrollo económico y social del Tercer Mundo, se opondría al proceso de "re-bipolarización" puesto que "[l]os pueblos independientes, y sobretudo aquellos que tienen conciencia plena del imperativo de su desarrollo, resisten naturalmente a la restricción de su capacidad propia de actuación y se resienten de esquemas que les atribuyen papeles derivados o secundarios" (Ibídem: 103).

El rechazo del Brasil a "la restricción de su capacidad propia de actuación" y la oposición a la adopción forzada de "papeles derivados o secundarios" es sumamente importante. Un análisis más detallado sugiere que la élite diplomática brasileña cuestionaría la lógica de la "re-bipolarización" tanto por el negativo impacto en el diálogo Norte-Sur o la transferencia de las tensiones Este-Oeste hacia "teatros de operaciones" en Asia, África y América Latina y el Caribe, cuanto por la notoria reducción del margen de maniobra política que Brasil y otros países en desarrollo habían logrado alcanzar desde comienzos de la década de 1970, y específicamente, durante el gobierno del General Ernesto Geisel. En otras palabras, parece evidente que la ampliación del margen de maniobra política y la "diversificación de intereses" que la situación de distensión (o détente) había ofrecido a ciertos países en desarrollo con alta potencialidad y decididos a modificar su inserción en el sistema internacional –como Brasil–, estaba gravemente amenazado por la lógica del disciplinamiento y/o de los alineamientos automáticos o verticales que las Superpotencias demandaban de sus aliados, satélites o clientes en el Tercer Mundo. Por esas y otras razones, Saraiva Guerreiro afirmó categóricamente que el "mantenimiento de las actuales condiciones internacionales nos es nociva" (Ibídem: 105).

Desde esa perspectiva, se presentan varios problemas políticos y teóricos, puesto que, por un lado, Brasil reafirmó su adhesión a los valores e ideales de Occidente pero no al reconocimiento de la hegemonía, disciplinamiento, "satelización", o el alineamiento automático del país en beneficio de la potencia dominante de Occidente (Estados Unidos) en el marco de la confrontación global contra el bloque soviético; en ese sentido, Saraiva Guerreiro (1981: 106) argumentó que sería

un contra-sentido pensarse en uniformizar y unificar mecánicamente el Occidente, sea en el nivel nacional, sea en el internacional. La legitimidad y la propia racionalidad del orden occidental reposan en el consentimiento libre de los miembros de la sociedad en su participación franca en los procesos decisorios y en el respeto a las divergencias de opinión entre ellos. Es en esa medida que nos identificamos como país occidental.

Por otro lado, la diplomacia brasileña se identificaba con las aspiraciones de cooperación y desarrollo de los países del Tercer Mundo y la continuación del diálogo Norte-Sur –a pesar de que las potencias hegemónicas incluso colocaron en duda la validez de la noción "Sur", argumentando que dicho concepto no lograba reflejar la diversidad de realidades económicas, políticas y sociales que experimentaban los países de Asia, África y América Latina y el Caribe. No obstante dichos cuestionamientos teóricos, Saraiva Guerreiro sugirió la necesidad de defender la concepción y la racionalidad del diálogo Norte-Sur, al reconocer que la integración de la economía mundial generaba presiones que afectaban positiva o negativamente el progreso de todos los actores del sistema capitalista. Por tal razón, para el Ministro, "[l]a resolución de los grandes problemas económicos internacionales es fundamental no solo para los países en desarrollo, sino también para los desarrollados. La cooperación económica internacional organizada en ese sentido no es acto de beneficencia, sino de lucidez" (Ibídem: 99).

¿Cómo deberían solucionarse las tensiones internacionales provocadas por el proceso de "re-bipolarización"? En opinión de Saraiva Guerreiro la "re-bipolarización" debería ser reconocido como un "acontecimiento de naturaleza transitoria" puesto que "la confrontación no conviene a la gran mayoría de las naciones, pero sobretodo porque el proceso de diversificación de intereses ya avanzó tanto en el plano internacional que no parece que el mecanismo simplificador representado por la confrontación pueda subsistir, sin que las tendencias en el sentido de moderación y de composición luego se reafirmen" (Ibídem: 103). En consecuencia la mejor manera de solucionar las tensiones mundiales provocadas por la competencia y el conflicto Este-

Oeste debería ser el “perfeccionamiento de la buena convivencia” entre Estados soberanos fundamentada en los principios básicos del Derecho Internacional –esto es, la igualdad soberana de los Estados, la no intervención en los asuntos internos de otro Estado, la auto-determinación de los pueblos, la solución pacífica de controversias, el no uso de la fuerza, el respeto a los tratados internacionales, etc.

Paralelamente, cuatro tareas deberían ser realizadas para retornar a las relaciones internacionales armónicas y pacíficas: a) detener la carrera armamentista, sobre todo de armas nucleares, b) resolver las verdaderas causas de los conflictos regionales a través de la diplomacia, c) corregir las desigualdades económicas, políticas y sociales que afectan negativamente el sistema internacional, y, d) recrear una expectativa optimista de la humanidad (Saraiva Guerreiro, 1981: 105).

La cuarta conferencia se llevó a cabo el 3 de septiembre de 1982 en un contexto económico y político extremadamente complejo. Para el Ministro se trataba de una “coyuntura internacional, cuya gravedad no es igualada [desde] hace más de una generación” (Saraiva Guerreiro, 1982: 67). A los ya complejos problemas políticos provocados o agudizados por la “bipolarización” (carrera armamentista, crisis regionales, guerra propagandística), se sumó una grave crisis económica que afectó en diferente grado a muchas –por no decir, todas– las economías del mundo, particularmente a las economías más vulnerables o dependientes del Tercer Mundo. En América Latina y el Caribe la situación era dramática, en el ámbito político la crisis sociopolítica en América Central y la derrota argentina en la breve pero decisiva guerra de las Malvinas provocaban sustanciales mutaciones en el sistema interamericano, mientras en el ámbito económico, el anuncio de la moratoria mexicana (agosto de 1982) condujo no solo la nefasta crisis de la deuda externa sino también al inicio de –lo que más tarde se llamó– la primera “década perdida” en el desarrollo económico y social del subcontinente.

Como es natural, los asuntos económicos ocuparon la atención del Ministro en su exposición de la coyuntura internacional y la política externa brasileña. En su opinión, la crisis económica internacional era causada por la tendencia hacia la estagnación del ritmo de actividad de la economía global (particularmente de las economías industrializadas de Occidente), la recesión en Estados Unidos, el proceso inflacionario mundial, la variación en la tasa de interés de los créditos internacionales, etc. Según Saraiva Guerreiro (1982: 72ss), el Brasil continuaría apostando en la cooperación internacional para lograr la igualdad o el equilibrio entre los países del

Norte y del Sur –a pesar de la crisis económica mundial. También destacó que en la última década, el país había modificado significativamente la estructura de sus exportaciones (con destaque para la preponderancia de las manufacturas) y el destino de las mismas (nuevos mercados en el Tercer Mundo).

Al mismo tiempo, el Ministro lamentó que la crisis haya postergado o frustrado las decisiones tomadas en la reunión de Cancún (noviembre de 1981) sobre el desarrollo. Asimismo, y no obstante la crítica situación financiera del Brasil, el Canciller se manifestó en contra de la aplicación de medidas ortodoxas propias del llamado Consenso de Washington –devaluación de la moneda, restricciones al crédito, eliminación de subsidios a la producción, liberación de precios, represión de salarios, reducción del déficit público, reducción de la inflación, etc. De hecho, Saraiva Guerrero (1982: 74) afirmó, categóricamente, que “[n]o concordamos, aún, con la tesis de que las fuerzas de mercado, por si solas, serán capaces de promover la recuperación económica, primeramente a nivel nacional y, en seguida y en consecuencia, a nivel mundial”.

La oposición del Itamaraty a la implementación de políticas económicas de cuño neo-liberal inspiradas por los organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial) sería una constante durante el resto de la década. En contraste, las autoridades económicas y financieras del Gobierno Figueiredo tendieron a manifestar una posición más favorable a las reformas económicas, particularmente en lo que se refiere al tratamiento de la crisis provocada por el masivo endeudamiento externo. La divergencia entre autoridades diplomáticas y económicas respecto a la necesidad, condiciones y posibilidades de aplicación de las políticas económicas y sociales inspiradas en el Consenso de Washington dio origen a un interesante caso de disputa inter-burocrática que no vamos a profundizar aquí, pero que, en términos generales, fue resuelta en favor de las visiones y propuestas de los segundos.

En el ámbito político, y más específicamente en relación con la “re-bipolarización” en el contexto de la Segunda Guerra Fría, cuatro aspectos de la cuarta conferencia merecen especial consideración. En primer lugar, Saraiva Guerreiro identificó puntualmente cuatro focos que –desde la perspectiva brasileña– eran los responsables por la “re-bipolarización” de las relaciones internacionales, ellas serían: “la corrida armamentista, la persistencia de las desigualdades económicas, el profundización de las crisis regionales y, además de esto [...] la fragilidad de los mecanismos de encaminamiento, a nivel adecuado, de los diversos focos de dificultades” (Ibídem: 78).

El segundo aspecto a resaltar era la necesidad de buscar salidas negociadas –y no de fuerza– a las crisis agudizadas por las Superpotencias y sus aliados en el Tercer Mundo. Para ello, sería necesario, un “comportamiento responsable” de las Superpotencias. Dicho “comportamiento responsable” se debería caracterizar por:

la disposición a negociar, por la comprensión de los intereses ajenos y por una visión fuertemente dispuesta al diálogo. En suma, un comportamiento que se mida por la capacidad de responder también por los intereses mas generales de la humanidad, no a través de los objetivos de dominación y de condicionamiento del comportamiento ajeno, sino a través de la aceptación de que el buen orden parte de una comprensión adecuada de las necesidades diferenciadas de cada pueblo, de cada nación [Saraiva Guerreiro, 1982: 78-79].

En tercer lugar, el Ministro reiteró la adhesión a los valores e ideales de Occidente pero rechazando “predominancias y subordinaciones” con relación a la potencia hegemónica (Estados Unidos). En términos operativos, para Saraiva Guerreiro (1982: 80) era “necesario que todos los países occidentales se alineasen con los valores occidentales permanentes, lo que excluye alineamientos con comportamientos individuales que no siempre los expresan”. En otras palabras, se trataba de destacar que Brasil forma parte de Occidente pero no por ello debería acatar los designios de Washington u otros centros hegemónicos de dicha comunidad imaginada de valores. Y no solo eso, sino que Brasil, también rechazaba la exclusiva gestión del “patrimonio occidental” común por Estados Unidos y Europa Occidental. Ello supone la emergencia de una idea fragmentada de los valores occidentales en la que los brasileños participarían con la misma intensidad que otros integrantes de esa comunidad imaginada.

Y, cuarto, a pesar de ser un país occidental, Brasil no se alinearía con la cruzada anticomunista de Washington en el contexto de la Segunda Guerra Fría. En ese sentido, la política externa brasileña se caracterizó por, lo que podemos llamar, “neutralidad activa”. Estamos hablando de una neutralidad que se empeñase en evitar la transferencia de la lógica Este-Oeste en América Latina y el Caribe, o más específicamente en América del Sur. Una neutralidad que apoyase la salida negociada a crisis regionales particularmente en América Central y África Austral. Una neutralidad que fortaleciese los mecanismos de diplomacia multilateral (ONU, OEA). Complementariamente, el Ministro reconoció que los medios e instrumentos diplomáticos a disposición de los estrategas de la política externa brasileña para participar activamente en un proceso decisorio tan concentrado en las grandes

potencias como el caracterizaba a la Segunda Guerra Fría eran bastante limitados y discretos.

La quinta conferencia del Canciller brasileño en la ESG fue realizada el día 25 de mayo de 1983. Aquí parece importante resaltar que 1983 fue un año dramático en las relaciones Este-Oeste. El año en cuestión comenzó con el anuncio de la Iniciativa de Defensa Estratégica de Estados Unidos; continuó con el derribo de un avión de pasajeros surcoreano sobre el espacio aéreo soviético, la prolongada agonía de Iuri Andropov, la invasión de Granada, los ejercicios militares de la OTAN (*Able Archer 83*), la instalación de modernos y mortíferos misiles estadounidenses de alcance intermedio en varios países de Europa Occidental, y finalizó con la ruptura de las negociaciones sobre control y verificación de armas nucleares, sin olvidar la guerra propagandística y la retórica militarista que se impuso en Washington y Moscú. En América Latina y el Caribe la crisis de la deuda externa debilitaba severamente los aparatos productivos de los países, provocaba graves consecuencias sociales y colocaba dudas sobre el futuro de los procesos de transición al orden constitucional y la gobernabilidad democrática que se llevaba a cabo en varios países del subcontinente, incluido el propio Brasil. Paralelamente, las tensiones globales y su impacto en América Central provocaba una situación extremadamente grave.<sup>12</sup>

Sobre la base de esa compleja y dramática coyuntura internacional, el Ministro Saraiva Guerreiro analizó detalladamente los aspectos económicos de la crisis y sus implicaciones para el Brasil. No obstante, también abordó algunos aspectos de la posición de Itamaraty en relación a la Segunda Guerra Fría. Enfáticamente, el Canciller destacó que “Hoy, la agenda internacional está congestionada por tensiones y confrontaciones políticas en casi todos los continentes, debidas a problemas de confrontación global entre las Superpotencias, así como por cuestiones locales que acaban atrayendo esos conflictos con obvio perjuicio para todos los pequeños actores envueltos en esas cuestiones” (Saraiva Guerreiro, 1983: 82).

Según el Ministro, los conflictos globales y regionales en el marco de la Segunda Guerra Fría serían agudizados por una serie de “vicios de raciocinio” de las

---

<sup>12</sup> Téngase presente que el 25 de octubre de 1983, cinco mil *marines* y representantes de algunas islas del Caribe oriental invadieron Granada y derrocaron un gobierno caracterizado por estrechos vínculos políticos, ideológicos y económicos con Cuba y la Unión Soviética. Esa acción demostró la voluntad y decisión del Presidente Reagan para ‘hacer retroceder el expansionismo soviético’ especialmente en el hemisferio occidental. Naturalmente esa ilegal acción de fuerza fue condenada por Brasil y la mayoría de los países del mundo.

élites dirigentes en Washington y Moscú. Entre dichos “vicios de raciocinio” Saraiva Guerreiro destacó los siguientes:

I. la creencia en el poder de las armas como respuesta exclusiva a desafíos políticos y fundamento único de la seguridad [...]; II. la creencia en el poder de la exaltación retórica como instrumento de intimidación y presión [...]; III. el predominio de los temas ideológicos [...]; IV. la creencia en soluciones de corto plazo, que tendrían la virtud mágica de perpetuarse automáticamente [..., y]; V. la creencia de que principios elementales de convivencia internacional son manipulables y que apoyos transnacionales, de tipo ideológico, político o militar, a grupos y segmentos dentro del Estado pueden ‘ayudar’ a encaminar cuestiones internacionales e implicar ganancias a quien produce el apoyo [Ibídem: 78].

En su análisis sobre la naturaleza y consecuencias de dichos “vicios de raciocinio”, el representante de Itamaraty no solo cuestionó su validez histórica sino que les atribuyó la parálisis y el renovado y mortífero “equilibrio del terror” que dominaba el sistema internacional en aquellos momentos. En concreto, dichos “vicios de raciocinio” serían los responsables no solo de las tensiones entre las propias Superpotencias (carrera armamentista, equilibrio estratégico, guerra propagandística e ideológica, etc.) como también de las guerras de baja intensidad en los numerosos “teatros de operación” en el Tercer Mundo, entre ellos Oriente Medio (Afganistán, Líbano, Palestina), sudeste de Asia (Camboya), África Austral (Angola, Mozambique) y América Central (Nicaragua, El Salvador).

Según el Canciller Saraiva Guerreiro la posición de Brasil frente a la crisis política global debería mantener el cuestionamiento a la lógica del conflicto Este-Oeste. Al mismo tiempo, sostuvo la necesidad de continuar actuando con moderación, equilibrio, realismo y neutralismo. Desafortunadamente los instrumentos de acción serían “pobres” y se habrían limitado aún más por la crisis financiera que azotaba a Brasil y la mayoría de los países de América Latina y el Caribe. Finalmente, vale comentar que para el Canciller las importantes relaciones de Brasil con Estados Unidos no tenderían a “polarizaciones hegemónicas”, al contrario, según nuestro interlocutor la visita del Presidente Reagan al Brasil (diciembre de 1982) abrigó expectativas de un paulatino mejoramiento en las relaciones bilaterales ya que “los dos países se conocen mejor, se entienden mejor, en la medida en que concordar y discordar deja de ser un ejercicio traumático, con connotaciones exacerbadas” (Ibídem: 86). Ello alejaría los temores de una posible “satelización” de la política externa brasileña respecto a los designios imperiales de Washington en un momento sumamente difícil en el proceso de desarrollo económico y sociopolítico del Brasil.

La sexta y última conferencia del Canciller Ramiro Saraiva Guerreiro en la ESG ocurrió el 31 de agosto de 1984. Vale tener presente que en esos momentos Brasil experimentaba el proceso de retorno al orden constitucional y la gobernabilidad democrática. En aquellos momentos, Tancredo Neves y Paulo Maluf eran los principales candidatos que disputaban la posibilidad de convertirse en el primer Presidente civil después de 20 años de gobiernos militares. En el ámbito económico, lentamente el aparato productivo lograba superar la peor recesión desde la crisis económica mundial de 1929. Mientras tanto en el ámbito internacional, las tensiones provocadas por la “re-bipolarización” continuaba siendo uno de los rasgos centrales de la sociedad internacional.<sup>13</sup>

La conferencia de 1984 es particularmente interesante, ya que Saraiva Guerreiro la utilizó como una evaluación general de la política externa brasileña durante los años en los que fue Canciller (1979-1984). De ese modo, su discurso comenzó destacando el diálogo que el Itamaraty habría iniciado con distintos actores de la sociedad civil particularmente con los medios de comunicación, Universidades, Congreso Nacional, etc.

Para el Canciller, la característica más evidente de las relaciones internacionales entre 1979 y 1984 fue “el notorio deterioro de la estructura política y económica internacional” (Saraiva Guerreiro, 1984: 78). En el ámbito político el fenómeno básico fue el abandono de la Détente y la “re-bipolarización” de la convivencia internacional, esto es, la recuperación de la lógica del conflicto, la competencia y la lucha por el poder dentro de la lógica Este-Oeste, a partir de diciembre de 1979. Los síntomas de la “re-bipolarización” se expresarían en tres ámbitos específicos: en primer lugar, el conflicto global entre Superpotencias, lo que incluye la imposición de la lógica de la competencia entre sistemas sociales antagónicos, el disciplinamiento o “satelización” de los aliados, la drástica reducción del margen de maniobra política que algunos países en desarrollo habían disfrutado durante el decenio de 1970, y en general, la preponderancia del conflicto Este-Oeste, sobre el diálogo Norte-Sur.

En segundo lugar, el Canciller destacó la resistencia de las crisis regionales a la búsqueda de salidas negociadas por la vía diplomática. En su opinión, se habría impuesto la visión del “tablero de ajedrez” y la lógica de “suma cero” según la cual los avances de un actor suponen –necesariamente– el retroceso de su adversario.

---

<sup>13</sup> Detalles en Skidmore (1988: 452ss).

Y, en tercer lugar, la “crisis de multilateralismo”, provocada por la incapacidad de los organismos internacionales (especialmente del sistema de Naciones Unidas) para solucionar diplomáticamente los conflictos y las crisis regionales

Para concluir, el Ministro destacó la positiva imagen del Brasil en la comunidad internacional, el excelente nivel de las relaciones con los países de América Latina y las alentadoras perspectivas diplomáticas a pesar de las graves dificultades que el país había sufrido a partir del inicio de la crisis de la deuda externa en 1982.

En síntesis, parece evidente que existen tendencias y perspectivas comunes entre las seis conferencias que estamos estudiando. Una de esas tendencias es el persistente rechazo a la agudización de las tensiones Este-Oeste, ya que dicha competencia podría permitir a las Superpotencias “la recuperación de modalidades de hegemonía y control” sobre presuntas esferas de influencia hegemónica; mientras que para las naciones del Tercer Mundo –los conflictos provocados o intensificados por tales tensiones– “representan la pérdida de espacio de maniobra política” (Saraiva Guerreiro, 1984: 80). Otra tendencia común es la necesidad de enfrentar la crisis económica de manera integral, lo que incluiría mantener activo el declinante diálogo Norte-Sur<sup>14</sup>. También, podemos observar un debate sobre la naturaleza, al mismo tiempo, Occidental y tercer-mundista del Brasil; así como la reafirmación de los principios y propósitos de la inserción internacional del país. Y finalmente, pero no

---

<sup>14</sup> Una aproximación cuantitativa de la persistente preocupación del Canciller Saraiva Guerreiro en el fortalecimiento del diálogo Norte-Sur puede ser revelada mediante la introducción de un ejercicio de análisis de contenido. Con tal finalidad, se tomó como unidades de registro las categorías “Norte-Sur” y “Este-Oeste”, y, como sistema de enumeración la **frecuencia** con la que ambas categorías son utilizadas en las seis conferencias realizadas por el Ministro (vale aclarar que fue utilizado un criterio estricto de muestreo en el que se consideró únicamente las palabras separadas por el guión “-”, se tomó ese cuidado para asegurar la validez y objetividad en el sentido de las categorías “Norte-Sur” y “Este-Oeste” en todos los discursos que estamos estudiando). El resultado del análisis refleja que la utilización de las categorías “Norte-Sur” y “Este-Oeste” siguió la siguiente frecuencia 3-1 en 1980, 3-3 en 1981, 6-0 en 1982, 3-1 en 1983, y 1-4 en 1984, respectivamente. Nótese que, con excepción de la conferencia de 1984, la categoría “Norte-Sur” fue predominante en los discursos del Canciller Saraiva Guerreiro, esa constatación cuantitativa refleja la persistente preocupación de la élite diplomática brasileña con la temática de la cooperación internacional para el desarrollo, la lucha por la igualdad y equidad internacional, la diplomacia multilateral, etc. En contraste, la categoría “Este-Oeste” fue predominante únicamente en la última conferencia del Canciller; a primera vista, ello sugiere que la temática vinculada con la “re-bipolarización” no debería eclipsar la preocupación central de la política externa brasileña orientada hacia los problemas de los países en desarrollo; en compensación, la alta frecuencia de esta categoría en la más completa y exhaustiva de las conferencias del Canciller demuestra que la temática no era de menor interés para los “hombres de Estado”. El caso de 1981 es sumamente interesante, ya que el equilibrio entre ambas categorías reflejaría tanto la fidelidad a la herencia del discurso desarrollista y pragmático practicada durante el Gobierno Geisel, como el reconocimiento de la agudización de los conflictos provocados por el acelerado proceso de “re-bipolarización”, el inicio de la administración Reagan y el definitivo abandono de la Détente.

menos importante, vale destacar que en todas las conferencias se enuncia, de un lado la oposición a la transferencia de la lógica Este-Oeste a los conflictos regionales del Tercer Mundo, y de otro lado, la implementación de soluciones negociadas –y no de fuerza– para las guerras de baja intensidad en varios “teatros de operación” situados en el Tercer Mundo. El caso de la crisis regional en América Central es particularmente ilustrativa, por esa y otras razones consideramos que un estudio de caso más detallado es oportuno y pertinente.

#### 5. Respuestas brasileñas a los conflictos regionales: el caso de América Central

La transferencia de la lógica Este-Oeste hacia los conflictos endógenos del Tercer Mundo fue una de las consecuencias más espurias de la Segunda Guerra Fría. Si bien es cierto que la mayoría de los conflictos en Oriente Medio, África Austral, Sudeste de Asia o América Central y el Caribe eran preexistentes al proceso de “re-bipolarización” del decenio de 1980, no es menos cierto que la intervención directa o indirecta de las Superpotencias en favor de uno u otro contendiente local provocó que tales disputas –que muchas veces habían surgido de presiones económicas o sociopolíticas estrictamente locales– adquiriesen una inesperada dimensión global.

El caso de los conflictos en América Central (y el Caribe) es un ejemplo pertinente y revelador tanto en lo que se refiere a sus raíces económicas y sociopolíticas internas con posterior encuadre en la lógica Este-Oeste, como en lo que se refiere a las respuestas brasileñas frente a tales crisis regionales. Para comprender el caso, parece importante tener presente que los conflictos sociopolíticos que azotaron a los países de América Central y algunas isla-Estados del Caribe oriental – particularmente a Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Granada– tienen su origen en procesos históricos que incluyen<sup>15</sup>:

- a) las conmociones externas que repercutieron en las vulnerables y dependientes economías locales a partir del primer choque petrolero (1973);
- b) el carácter tradicional, empobrecedor, dependiente y excluyente de las relaciones socio-económicas internas y las relaciones económicas internacionales;
- c) el autoritarismo, la corrupción y la severa represión de gobiernos dinásticos (familia Somoza en Nicaragua), “sultanísticos” (Eric Gairy en Granada) o dictaduras militares aliadas a oligarquías exportadoras más o menos conservadoras

---

<sup>15</sup> Detalles en Armony (1999), Booth (1991), Feinberg (1982), Lindenberg (1990), Rouquié (1994).

(Guatemala, El Salvador, Honduras); vale destacar la excepcionalidad democrática de Costa Rica y otros Estados anglófonos del Caribe;

d) el surgimiento de nuevos actores sociales opositores a las tradicionales estructuras de poder, con destaque para los sectores “progresistas” de la Iglesia Católica y el surgimiento de organizaciones político-militares de inspiración marxista (Frente Sandinista de Liberación Nacional, *New Jewel Movement*, Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, etc.)

e) en el ámbito internacional, el cuestionamiento de la administración Carter a la tradicional alianza de Washington con los autoritarios gobiernos de la región fundamentada en un “desaforado temor al comunismo”; y, paralelamente, a partir de 1978, el inicio de la segunda ola revolucionaria cubana orientada hacia el respaldo político, militar e ideológico de organizaciones político-militares latinoamericanas y caribeñas, particularmente en la cuenca del Caribe.

Estas y otras variables se articularon positivamente en los casos de Granada y Nicaragua, provocando el derrocamiento de los autoritarios regimenes de Eric Gairy (marzo de 1979) y Anastasio Somoza Debayle (julio de 1979), y, al mismo tiempo, estableciendo nuevos gobiernos inspirados en revolución cubana y “orientados al socialismo” bajo la hegemonía del NJM y el FSLN. El triunfo de la revolución granadina y nicaragüense dio origen a un poderoso “efecto demostración” que incentivó el reinicio de la lucha armada en El Salvador y Guatemala. Sin embargo, la victoria del Partido Republicano y el inicio de la administración Reagan en enero de 1981 supuso una modificación radical en la política externa de Estados Unidos para la región, y para el Tercer Mundo en general. De hecho la decisión de reconstruir el poderío de Occidente y la voluntad hegemónica estadounidense en la cuenca del Caribe incluyó “trazar la línea” de contención y eventual reversión de lo que –desde Washington– se consideraba previos e inaceptables avances (Nicaragua y Granada) y ataques indirectos (El Salvador, Guatemala, Honduras, Colombia) del bloque soviético-cubano en la región (Rouquié, 1994).

En ese sentido, por el lado político, la administración Reagan decidió impedir eventuales victorias guerrilleras en El Salvador o Guatemala; “comprar” el programa contrarrevolucionario antisandinista organizado inicialmente por los asesores militares argentinos en Honduras;<sup>16</sup> incrementar el hostigamiento diplomático, económico e ideológico contra los regimenes de Managua y Saint George’s; cruenta intervención militar en Granada (octubre de 1983); etc. Por el lado económico, la principal

---

<sup>16</sup> Véase Armony (1999).

propuesta de Washington para los países "democráticos" de la región fue la "Iniciativa de la Cuenca del Caribe" (ICC). La ICC fue creado como un programa destinado a la promoción de comercio, inversiones y asistencia financiera de Estados Unidos a sus aliados en el Caribe. En el fondo, se trató de estimular a las empresas privadas estadounidenses y de los países de la región para invertir capitales en las debilitadas economías de América Central y el Caribe con la esperanza de facilitar la creación de empleo y reducir las tensiones sociales en los países aliados de la región; en compensación, Washington redujo las barreras arancelarias, permitiendo el ingreso cientos de productos centroamericanos y caribeños al mercado norteamericano, sin o con muy bajas tarifas comerciales.

De éste modo, la crisis regional en América Central y el Caribe durante el decenio de 1980 se caracterizó por la compleja articulación de problemas y temáticas propias de la interdependencia Norte-Sur (subdesarrollo, inequidad social, autoritarismo político) con la lógica bipolar del conflicto Este-Oeste (*rock back policies*, avances socialistas en la 'correlación de fuerzas', etc.).

¿Qué nos dicen las conferencias de Saraiva Guerreiro en la ESG con relación a la posición de la política externa brasileña frente a las crisis regionales, particularmente sobre el caso de América Central y el Caribe? Afortunadamente, en todas las conferencias del Canciller se presentan análisis y referencias de la posición brasileña respecto a las diferentes problemáticas regionales en el Tercer Mundo. En general, parece evidente que la preocupación central del Ministro no se orientaba hacia la posibilidad de que el propio Brasil pudiese ser amenazado directamente por las luchas revolucionarias en América Central o África Austral. Aparentemente, el interés fundamental de la diplomacia brasileña por los conflictos regionales imperante en el Tercer Mundo se vincularía a las eventuales consecuencias políticas del desmembramiento y polarización ideológica de los países del "Sur". En otras palabras, a partir de la lectura de los discursos de Saraiva Guerreiro es posible inferir la preocupación del Itamaraty por el progresivo debilitamiento de la solidaridad y posiciones comunes de los países en desarrollo –de los cuales Brasil ha sido uno de los principales voceros, lo que obviamente genera, lo que podríamos llamar, un importante "capital diplomático" (prestigio, influencia, apoyo a tesis brasileñas, etc.). En consecuencia, no sería exagerado advertir que el bloqueo del Diálogo Norte-Sur como consecuencia de la agudización de los conflictos regionales y la "re-bipolarización" sería nocivo para el logro de los objetivos diplomáticos del Brasil en el Tercer Mundo. Por esa y otras razones, es previsible la afinidad positiva de la política

externa brasileña con la solución negociada de conflictos regionales, particularmente en América Central y África Austral. Lamentablemente, las condiciones y capacidades reales del Estado brasileño para proyectar poder e influir efectivamente en los acontecimientos de ambas regiones eran, en palabras del propio Ministro, “penosamente pobres”.

Según Saraiva Guerreiro (1984:89) las respuestas brasileñas frente a las crisis regionales durante el primer lustro de los años ochenta se pautaron por una matriz orientadora fundamentada en los principios básicos del Derecho Internacional (autodeterminación, soberanía, no intervención, solución pacífica de controversias, respeto a los tratados), que incluía las siguientes características:

- i) presentamos posiciones de principios en la medida en que representaban claramente la mejor y más coherente afirmación del derecho internacional;
- ii) defendimos las posiciones de principio porque se sustentaban, también, en bases políticas legítimas, retratadas, en regla, por el consenso de la comunidad internacional;
- iii) las posiciones que defendimos, exactamente porque traducían aspiraciones legítimas, son las que prometen el mejor camino para [una] paz duradera en las diferentes regiones;
- iv) tuvimos el cuidado de modular nuestras relaciones bilaterales de acuerdo con las posiciones de principio;
- v) no tuvimos ningún gesto que, en cualquiera de la crisis regionales, representase [el] agravamiento de la situación.

En otras palabras, las respuestas brasileñas frente a las crisis regionales aspiraban a reflejar los valores e ideales del Derecho internacional y la “buena convivencia” entre Estados soberanos, en momentos en los que ambas Superpotencias practicaban políticas exteriores abusivas, inmorales, fundamentadas en “vicios de raciocinio” e intervencionistas, en el peor de los casos.

En relación a las respuestas brasileñas frente a las transformaciones sociopolíticas en América Central y el Caribe, los discursos del Canciller Saraiva Guerreiro reflejan una constante preocupación y consistencia entre medios y fines. La conferencia del 13 de julio de 1979, se caracterizó por un ambiente de gran tensión por los dramáticos acontecimientos que ocurrían en Nicaragua. Algunos días antes, el 23 de junio, la XVII Reunión de Consulta de la OEA había alcanzado un sólido consenso interamericano en relación a la urgencia de sustituir el autoritario régimen somocista por un “gobierno democrático”. Poco después, el 25 de junio, el gobierno brasileño decidió romper relaciones diplomáticas con el agonizante régimen nicaragüense argumentando que se había constatado que “el Gobierno Somoza [había] perdido el

control político del país, y su permanencia en el poder pasaba a depender exclusivamente del uso de la fuerza en gran escala" (Saraiva Guerreiro, 1979: 29).

La violencia sistemática, la negativa del dictador a abandonar el poder y las denuncias de la opinión pública mundial y regional fueron factores importantes en la determinación del voto brasileño favorable a la resolución de la OEA sobre Nicaragua. Una vez que el régimen imperante en Managua había sido colocado en situación de ilegalidad, la ruptura de relaciones diplomáticas era inminente, ya que, según el Ministro, "juzgó el Gobierno brasileño necesario adoptar [una] actitud que indicase claramente su apoyo a la misma y que pudiese facilitar su implementación. De ahí, la decisión de suspender relaciones diplomáticas con el Gobierno Somoza y la consecuente retirada del Embajador brasileño en Managua".<sup>17</sup> Más importante aún, teniendo como cierta la victoria de los guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), era necesario visualizar hacia el futuro de las relaciones Brasil-Nicaragua. En ese sentido, el Canciller Saraiva Guerreiro (1979: 30) afirmó que:

Con esa actitud [se refiere a la ruptura de relaciones diplomáticas con el Gobierno Somoza], el Gobierno brasileño, además de imprimir las consecuencias políticas de la resolución, adquirió plena libertad para contribuir, en la medida en que haya interés y posibilidad, en los esfuerzos que vienen siendo desarrollados por diferentes cancillerías latinoamericanas. El objetivo de esos esfuerzos es permitir que Nicaragua pueda reconstruirse de la tragedia con la instauración de un Gobierno que represente amplio consenso nacional y que incorpore a las fuerzas democráticas y representativas de su sufrido pueblo. Desde ya, el Brasil se dispone a prestar los auxilios de orden humanitario que estén a su alcance para que sean atenuadas las dramáticas consecuencias de la guerra civil que aún estremece nuestro vecino centroamericano.

En la conferencia de 1980, el Ministro destacó que la región era uno de los contextos más conflictivos del planeta, situación que se la atribuyó a "las dificultades de transformación política en el Caribe y América Central, donde, por infelicidad, la violencia parece estar inexorablemente ligada a los procesos de superación de la estagnación política y económica" (Saraiva Guerreiro, 1980: 43).

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*, p. 29-30. Adicionalmente, Saraiva Guerreiro afirmó que, al carecer de influencia propia sobre el régimen somocista, "la Embajada no sería eficaz para gestiones políticas propias de la situación", y, además, "la tarea de protección a brasileños se había agotado". La interrupción de las relaciones diplomáticas Brasil-Nicaragua fue relativamente breve (25 de junio a 30 de julio de 1979), a fines de julio ya había sido nombrado el señor Luiz Fernando do Couto Nazareth como nuevo representante diplomático del Brasil en Nicaragua. Durante el período de interrupción de los vínculos diplomáticos, los bienes de la Embajada brasileña en Managua fueron puestos bajo la custodia de los representantes diplomáticos del gobierno italiano.

En la conferencia de 1982, las dos preocupaciones centrales de la diplomacia brasileña en lo que respecta a la América Latina y el Caribe fueron, justamente, la crisis en América Central y las consecuencias de la guerra de las Malvinas.<sup>18</sup> Según el Ministro (1982: 76):

En relación a la crisis centro-americana, evitamos, dentro de la tradición diplomática de Brasil, interferir en los asuntos internos de los Estados en cuestión. En más de una ocasión, reiteramos nuestro apelo en favor de soluciones locales nacionales, libres de interferencias externas. **Dejamos, aun, bien clara nuestra posición sobre el carácter estructural y sistémico de esa crisis**, que exige medidas de apoyo, de naturaleza socio-económica, por parte de la comunidad internacional [negrito es mío].

Nótese que a diferencia de la postura e interpretación “neoglobalista” de la administración Reagan, la lectura brasileña de la crisis en América Central se mantuvo bajo la perspectiva del diálogo Norte-Sur, cuyos problemas centrales son el subdesarrollo estructural, el agotamiento de los tradicionales sistemas de poder sociopolítico y económico, y las interferencias externas. Parece evidente que para los funcionarios del Itamaraty serían los problemas del subdesarrollo –y no el ‘expansionismo’ soviético– la causa fundamental de los problemas en la región, y por ello, las políticas más adecuadas para solucionar el conflicto deberían ser de naturaleza socio-económica.

En la conferencia de 1983, los conflictos sociopolíticos en América Central son citados en dos momentos: primero, como ejemplo de la agudización de una crisis regional provocada por los “vicios de raciocinio” de las Superpotencias, y luego, para explicar la posición brasileña frente a la misma. En relación a lo primero, Saraiva Guerreiro (1983: 79) advirtió que:

---

<sup>18</sup> La relación entre la crisis en América Central y la guerra de las Malvinas (1982) es mucho más intensa de lo que normalmente podría suponerse. Existe un consenso ampliamente generalizado que apunta a explicar la desastrosa aventura militar argentina en las Malvinas como una consecuencia de la errónea creencia sobre el carácter, la naturaleza y la amplitud de la alianza anticomunista entre el Gobierno del General Leopoldo Galtieri (1981-1982) con la administración Reagan. En términos operativos, los militares argentinos habrían concluido que el aporte “antisubversivo” que estaban ofreciendo en América Central serviría para lograr el apoyo o al menos la tolerancia de Washington respecto a un objetivo mucho más amplio y deseado no solo por los jefes militares bonaerenses sino por toda la nación argentina, como lo era la recuperación de las islas Malvinas en poder de los británicos desde 1833. La campaña de las Malvinas fue breve y decisiva. En abril los militares argentinos desembarcaron en las islas, la acción fue denunciada por el Gobierno de Margaret Thatcher, dando inicio a intensas negociaciones internacionales que no dieron resultado favorables. El 30 de abril, Washington decidió otorgar su tradicional apoyo diplomático, político y militar a Londres. En mayo iniciaron los combates y el 14 de junio las fuerzas argentinas se rindieron. Detalles en Armony (1999).

La cuestión centroamericana, por ejemplo, que es compleja, envuelve dinámicas internacionales típicas, como cuestiones de fronteras e intervención [extra-regional], y dinámicas nacionales, como la que tiene que ver con el cuestionamiento a regímenes y Gobiernos. En la práctica, ella no camina en el sentido de soluciones satisfactorias. Las dinámicas nacionales y la internacional sometidas a las intransigencias y a las ecuaciones de fuerza, interactúan negativamente e imponen obstáculos serios al control de la crisis. Aumenta la militarización y, en consecuencia, la influencia externa. Estas estimulan, por su vez, el agravamiento de la crisis, y cada vez se queda más lejos de las condiciones mínimas para la atenuación de los problemas subregionales; cada vez estamos más próximos de la transformación de América Central en el estopín de una crisis mayor. No quiero apuntar culpados o responsables. Existen raíces profundas para explicar lo que está aconteciendo; existe la cuestión de las formas insidiosas de presencia externa. No pasamos juzgamientos, pero existe, y es importante reconocerlo, la ceguera y la simplificación ideológica de los liderazgos de las pequeñas naciones.

En su análisis, el Ministro planteó que la compleja articulación entre variables nacionales y regionales sería agudizada aún más con la militarización y la influencia de actores extra-regionales (Estados Unidos, Cuba, Unión Soviética). Por otro lado, la intransigencia y la polarización de las posiciones y liderazgos estarían llevando la región a una situación extremadamente crítica y con consecuencias imprevisibles para el sistema internacional. En ese delicado contexto, el Canciller (1983: 84) destacó que:

En lo tocante a la crisis centroamericana, hemos apuntado la naturaleza estructural y sistémica de los problemas que afligen los países de aquella región, cuyo orientación requiere un conjunto de medidas de carácter socio-económico, inclusive en el plano de la asistencia externa. En el plano político-diplomático hemos apoyado los esfuerzos locales en el sentido de una solución pacífica para la crisis, libre de interferencias externas. Por eso, dimos nuestro apoyo explícito a las iniciativas del Grupo de Contadora –Colombia, México, Panamá y Venezuela–, el cual, en líneas generales, defiende la posibilidad de enfrentar, de forma positiva, los conflictos que existen en el área, a través de fórmulas de solución pacífica y un auténtico espíritu de negociación, y afirma que la responsabilidad de buscar acuerdos que garanticen la paz y la estabilidad regionales corresponde primordialmente a los propios países centro-americanos.

El mensaje de Saraiva Guerreiro es relativamente claro, reiterando que la crisis regional en América Central tiene su origen en el inadecuado proceso de desarrollo económico y sociopolítico (de ahí su naturaleza estructural y sistémica). Las propuestas brasileñas plantean que se pase de la confrontación al diálogo y a la moderación. Además de favorecer la acción convergente de cooperación socio-económica internacional (lo que ya se había propuesto en 1982) junto con la acción diplomática. Sobre lo último vale destacar el apoyo brasileño a la novedosa acción

político-diplomática del Grupo de Contadora. Creado a comienzos de 1983, el Grupo de Contadora nació con el propósito de explorar alternativas para una solución pacífica de la crisis en América Central. Inmediatamente obtuvo gran legitimidad y respaldo diplomático mundial, y como muy bien podemos apreciar, el Brasil también prestigió con su apoyo diplomático el esfuerzo colectivo de Colombia, México, Panamá y Venezuela.<sup>19</sup>

Esta opción estratégica de la política externa brasileña hacia América Central fue nuevamente reiterada en la última conferencia del Canciller Saraiva Guerreiro en la ESG. Efectivamente, en agosto de 1984, el Ministro, quien aprovecho dicha conferencia para hacer un balance general de la inserción internacional de Brasil durante los cinco años en los que dirigió al Itamaraty, declaró que:

Con relación a la América Central, la política brasileña a largo de los últimos cinco años estuvo siempre demarcada por la directriz central de buscar una solución negociada para los problemas regionales.

En la evaluación brasileña, la crisis regional tiene raíces estructurales, inscritas en el proceso de evolución política y económica de América Central, y su superación estaría condicionada a la adopción de medidas destinadas a promover el desarrollo económico, la justicia social y el pluralismo político en la región. De otro lado, es fundamental que sean retiradas todas las formas de interferencia externa en el tratamiento de las cuestiones regionales. La interferencia externa agrava las dificultades locales, estimula soluciones de fuerza y la transferencia de tensiones globales bloquea la acción de la diplomacia.

La presencia de esos intereses externos indica claramente que, para la superación de la crisis regional, las soluciones propuestas por los países de Contadora, apoyados por los [otros Estados] latinoamericanos, son las más adecuadas y razonables. Vemos en el esfuerzo de los países del grupo de Contadora el cuadro de una evolución negociada, pacífica, que no ponga en riesgo la seguridad regional [Saraiva Guerreiro, 1984: 99].

La lucidez del párrafo anterior no necesita mayores comentarios. Excepto concluir nuestro análisis advirtiéndole que la posición brasileña frente a otras crisis regionales reflejaron –mas o menos– las mismas reflexiones, planteamientos y propuestas que en el caso centroamericano.

En otro orden de temas, parece evidente que para la diplomacia brasileña, así como para la mayoría de las diplomacias más ilustradas del Tercer Mundo, era urgente reactivar el diálogo Norte-Sur. Tanto por los graves peligros que la “re-bipolarización” suponían para la paz y estabilidad mundial, como porque, según el propio Canciller Saraiva Guerreiro (1984: 83), “[l]as reivindicaciones de los países en desarrollo con

---

<sup>19</sup> De hecho, Brasil, junto a Argentina, Perú y Uruguay, crearon el Grupo de Apoyo a

vistas a promover cambios en el sistema económico internacional no encuentran maneras de materializarse en los foros multilaterales de las Naciones Unidas." Dicho de otra manera, a pesar de no provocar la "satelización" del Brasil a los designios imperiales de una u otra superpotencia, era evidente que la "re-bipolarización" era nociva para los esfuerzos encaminados a promover relaciones internacionales más equilibradas y justas entre todos los países y al interior de cada uno de ellos (especialmente de aquellos con menor desarrollo relativo); por esa y muchas otras razones, la "re-bipolarización" y los conflictos regionales en el Tercer Mundo, también eran nocivas para el Brasil.

## 6. Conclusión

En términos generales, las conferencias del Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil reflejan no solo las mutaciones de la agenda internacional y la progresiva predominancia del conflicto Este-Oeste sobre el declinante diálogo Norte-Sur, como también la gran preocupación de la diplomacia del país por la llamada "re-bipolarización" del sistema internacional y la transferencia de la competencia bipolar hacia las diferentes regiones del Tercer Mundo. Vale notar que la noción de "re-bipolarización" utilizada por la élite diplomática brasileña es afín con la propuesta general de Fred Halliday (1983) en lo que respecta al origen y evolución de la Segunda Guerra Fría. También es posible constatar que las preocupaciones de los funcionarios de Itamaraty no planteaban tanto la posibilidad de una acción hostil por parte de las potencias en conflicto contra el propio Brasil,<sup>20</sup> pero si es posible percibir la conciencia de que la transferencia de la lógica Este-Oeste hacia los conflictos en el Tercer Mundo agudizaba las crisis regionales, lo que a su vez, limitaba severamente la efectiva solidaridad y cooperación entre los países del "Sur". En éste sentido, la "re-bipolarización" era nociva para los intereses del Brasil.

Otra de las preocupaciones centrales del Canciller tenía relación con la capacidad y posibilidad de mantener o incrementar el margen de autonomía política que el Brasil había adquirido durante la distensión y "diversificación de intereses" propios del decenio de 1970. Este no es un tema menor, puesto que en el proceso de "re-bipolarización" las potencias hegemónicas tendieron a aplicar un riguroso

---

Contadora (1985).

<sup>20</sup> Dos excepciones serían la masiva presencia militar británica en el Atlántico sur como consecuencia de la derrota argentina en la guerra de las Malvinas (1982), y la preocupación del gobierno brasileño por la persistente influencia cubana en la Guyana de Forbes Burnham y el Surinam de Desi Bouterse.

disciplinamiento, alineamiento automático o “satelización” de sus respectivos aliados y clientes. En términos operativos, ello implicaba la posibilidad de un sostenido incremento en las presiones de Washington para obtener una postura brasileña más favorable a las visiones y políticas de la administración Reagan en su cruzada contra el “expansionismo soviético”, habida cuenta, por un lado, que el país sudamericano formaba parte del bloque Occidental, y por otro lado, que la crisis financiera de 1982-1983 provocó un grave debilitamiento de la posición, condiciones y posibilidades de la diplomacia brasileña.

A pesar de la dependencia y vulnerabilidad del Gobierno Figueiredo frente a las exigencias ortodoxas, monetaristas y neo-liberales aceptadas en el “consenso de Washington” e imperantes en los principales organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial), la política externa brasileña no se disciplinó o alineó automáticamente frente a los designios de la administración Reagan.

Al contrario, la diplomacia brasileña cuestionó la conducta y la espuria racionalidad intrínseca de las políticas de las Superpotencias. En el caso de las crisis regionales se demostró interés por promover soluciones negociadas y acordes con los principios del Derecho Internacional y la “buena convivencia”. En el caso particular de los conflictos en América Central, Brasilia consistentemente argumentó que sus raíces eran socio-económicas –y no político-ideológicas como se reclamaba desde los sectores más conservadores de Washington.

Otros aspectos que vale destacar son: a) las divergencias sobre el tratamiento político o estrictamente técnico que se le debería dar a la crisis de la deuda externa;<sup>21</sup> b) la necesidad de prestigiar y re-vitalizar la diplomacia multilateral (particularmente en el seno de las Naciones Unidas), y c) los persistentes esfuerzos para reconstruir el declinante diálogo Norte-Sur y la cooperación Sur-Sur.

---

<sup>21</sup> En general, los funcionarios de Itamaraty deseaban imprimirle una connotación política a la crisis de la deuda, lo que contradecía las posiciones más técnicas del equipo económico. Vale señalar que en la conferencia de 1984 se presentó un informe pormenorizado de la reunión que se realizó en Cartagena de Indias (Colombia) entre una decena de países latinoamericanos y caribeños para discutir políticas colectivas destinadas a atenuar los nocivos efectos económicos, políticos y sociales provocados tanto por la crisis de la deuda como por las condiciones exigidas por los organismos financieros internacionales para ofrecer mejores condiciones de pago y nuevos financiamientos.

## 7. Fuentes y Bibliografía

### a. Discursos

SARAIVA GUERREIRO, Ramiro (1979): "Conferência do Ministro de Estado das Relações Exteriores, Ramiro Saraiva Guerreiro, na Escola Superior de Guerra do Rio de Janeiro, em 13 de julho de 1979", ***Resenha de Política Externa do Brasil***, N° 22, Brasília: MRE; pp. 23-32.

\_\_\_\_\_ (1980): "Conferência do Ministro de Estado das Relações Exteriores, Ramiro Saraiva Guerreiro, pronunciada em 5 de setembro de 1980, na Escola Superior de Guerra", ***Resenha de Política Externa do Brasil***, N° 26, Brasília: MRE; pp. 41-52.

\_\_\_\_\_ (1981): "Conferência do Ministro de Estado das Relações Exteriores, Ramiro Saraiva Guerreiro, na Escola Superior de Guerra, no Rio de Janeiro, em 4 de setembro de 1981", ***Resenha de Política Externa do Brasil***, N° 30, Brasília: MRE; pp. 97-109.

\_\_\_\_\_ (1982): "Conferência do Chanceler Saraiva Guerreiro na Escola Superior de Guerra, no Rio de Janeiro, em 3 de setembro de 1982", ***Resenha de Política Externa do Brasil***, N° 34, Brasília: MRE; pp. 67-82.

\_\_\_\_\_ (1983): "Conferência do Chanceler Saraiva Guerreiro na Escola Superior de Guerra, no Rio de Janeiro, em 25 de maio de 1983", ***Resenha de Política Externa do Brasil***, N° 37, Brasília: MRE; pp. 75-87.

\_\_\_\_\_ (1984): "Conferência do Ministro de Estado das Relações Exteriores, Ramiro Saraiva Guerreiro, na Escola Superior de Guerra, no Rio de Janeiro, em 31 de agosto de 1984", ***Resenha de Política Externa do Brasil***, N° 42, Brasília: MRE; pp. 75-128.

### b. Libros, Artículos y Tesis

ARMONY, Ariel C. (1999): ***La Argentina, Los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista en América Central, 1977-1984***, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

BOERSNER, Demetrio (1996): ***Relaciones Internacionales de América Latina/ Breve Historia***, 5ª ed., Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

BOOTH, John A. (1991): "Socioeconomic and Political Roots of National Revolts in Central America", en ***Latin American Research Review***, (1) winter, Albuquerque (New Mexico, EUA): University of New Mexico; pp. 33-73.

CASTAÑEDA, Jorge (1994): *Utopia Desarmada/ Intrigas, dilemas e promessas da esquerda latino-americana*, São Paulo: Companhia das Letras.

CERVO, Amado Luiz, y Clodoaldo BUENO (1992): *História da Política Externa do Brasil*, São Paulo: Editora Ática.

DAVIS, Mike (1981): "The New Right's Road to Power", *New Left Review*, N° 128, Londres: New Left Review Ltd.; pp. 28-49.

DUNCAN, W. Raymond (1988): "Soviet Interest in Latin America: New Opportunities and Old Constraints", en Bruce Larkin (ed.): *Vital Interest/ The Soviet Issue in U.S. Central American Policy*, Boulder: Lynne Rienner Publishers; pp. 371-398.

EHRMAN, John (1995): *The Rise of Neoconservatism/ Intellectuals and Foreign Affairs 1945-1994*, New Haven y Londres: Yale University Press.

FEINBERG, Richard E.; ed. (1982): *Central America: International Dimension of the Crisis*, New York: Holmes & Meier Publishers.

HALLIDAY, Fred (1986): *The Making of the Second Cold War*, 2ª ed., Londres: Verso.

HOBBSBAWN, Eric (1998): *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires: Crítica (Grijalbo Mondadori).

KANET, Roger E. (1989): "The Evolution of Soviet Policy toward the Developing World: From Stalin to Brézhnev", en Edward A. Kolodziej y Roger E. Kanet (ed.): *The Limits of Soviet Power in the Developing World*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press; pp. 36-61.

LESSA, Antônio Carlos Moraes (1998): "A Vertente Perturbadora da Política Externa durante o Governo Geisel: Um estudo das Relações Brasil-EUA (1974-1979)", *Em Tempo de Histórias*, N° 2, Brasília: Departamento de Historia de la Universidad de Brasilia; pp. 7-22.

LIGIÉRO, Luiz Fernando (2000): "Políticas semelhantes em momentos diferentes: Exame e comparação entre Política Externa Independiente (1961-1964) e o Pragmatismo Responsável (1974-1979)", Brasília: Tesis de Doctorado en Historia, Departamento de Historia de la Universidad de Brasilia.

LINDENBERG, Marc (1990): "World Economic Cycles and Central American Political Instability", en *World Politics/ A Journal of International Relations*, vol. XLII, N° 3, Princeton: Princeton University Press; pp. 397-421.

ROUQUIÉ, Alain (1994): ***Guerras y paz en América Central***, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

SARAIVA, José Flávio Sombra (1997): "Détente, diversidade, intranqüilidade e ilusões igualitaristas (1969-1979)", em José Flávio Sombra Saraiva (org.): ***Relações Internacionais Contemporâneas: Da Construção do mundo liberal à globalização/ De 1815 a nossos dias***, Brasília: Paralelo 15; pp. 279-302.

SKIDMORE, Thomas (1988): ***Brasil: De Castelo a Tancredo, 1964-1985***, 6ª ed., Rio de Janeiro: Paz e Terra.

STEPHANSON, Anders (1996): "Fourteen Notes on the very concept of the Cold War", Nueva York: Columbia University; en Internet: [www2.h-net.msu.edu/~diplo/stephanson.html].

THOMPSON, Edward (1985): "Notas sobre o exterminismo, o estágio final da civilização", en Edward Thompson y otros: ***Exterminismo e Guerra Fria***, São Paulo: Editora Brasiliense.

WOLFE, Alan (1981): "Sociology, Liberalism, and the Radical Right", en ***New Left Review***, N° 128, Londres: New Left Review Ltd.; pp. 3-27.